

PERDURACION DEL SISTEMA DE TRABAJO HISPANO-MUSULMAN EN EL MUDEJAR: ELEMENTOS AUXILIARES DEL HORNO DE ALFARERO

CARMEN MARTIN GOMEZ
Y DIEGO OLIVA ALONSO

Es nuestra intención al presentar estas piezas, llamar la atención sobre algo que creemos necesario para un más completo conocimiento de la cultura material de los pueblos: no sólo sus elementos ricos o de la vida diaria, sino también esos otros que formando parte del humilde trabajo artesano, ayudan a conocer la fabricación de aquellos a la que estaban destinados.

No vamos a hablar aquí de formas cerámicas, sino de su fabricación. Y dentro de ésta, de alguno de los elementos del instrumental de alfarero, empleados para distribuir las piezas en el horno y que pueden contribuir en excavaciones arqueológicas y hallazgos casuales a la decoración de alfares y testares.

Rastreando en la Historia, elementos auxiliares de horno para soportar la cerámica durante la cocción, han sido identificados ya en la Sevilla hispanorromana por hallazgos in situ (1). Y ya hasta la actualidad se han seguido utilizando, como veremos, recibiendo diferentes nombres, a la vez que presentando variantes formales según época y zonas.

Hasta ahora no han sido documentados, o al menos, dados a conocer, procedentes de la Sevilla árabe y mudéjar (2), y se puede decir que, acerca de la perduración de estas piezas de la tecnología medieval en el trabajo de horno de épocas posteriores, se conoce más a través de excavaciones arqueológicas en suelo americano que en el nuestro (3).

(1) En la provincia de Sevilla, en el «Pajar de Artillo» (Santiponce) y Al-honoz (Herrera). LUZON NOGUE, José María, *Excavaciones en Itálica. Estratigrafía en el Pajar de Artillo. Excavaciones Arqueológicas en España*, 78, Madrid, 1973.

LOPEZ PALOMO, Luis Alberto, *Al-honoz: Excavaciones de 1973 a 1978. Noticiario Arqueológico Hispánico*, 11, 1981, págs. 33-187.

Objetos en forma de carrete de pequeña altura y otras diferentes formas existen en el mundo romano.

BROWN, David, «Pothery». *Roman Crafts*. Ed. Donald Strong y David Brown, Londres, 1976, pág. 85.

MEZQUIRIZ DE CATALAN, M.^a Angeles, *Terra Sigillata Hispánica*. The William L. Bryant Foundation, Valencia, 1961, vol. I, págs. 28 y 37.

(2) Aunque sí existían en el Museo Arqueológico de Sevilla aparecidos en varios puntos de la ciudad: Avenida de la Constitución, Cuesta del Rosario, Jardines de Murillo, etc.

(3) LISTER, Florence C. y LISTER, Robert H., «Sixteenth Century Maiolica Pottery in the Valley of Mexico». *Anthropological Papers of the University of Arizona*, 39. Tucson, 1982. (En adelante, abreviado: LISTER, 1982.)

LA TRADICION MEDIEVAL

Los elementos auxiliares del horno mudéjar responden a la tecnología medieval y al instrumental del horno árabe. Parece que éste, en su modelo más simple, podría haber carecido de cubrición, sustituida por un artificio a modo de anacalería compuesto por largas varillas de cerámica extendidas a lo largo de la parte alta de la cámara. Esas varillas han seguido en uso en España perpetuando la tecnología árabe hasta nuestros días (4).

En el siglo I d.C. se utilizaban en el mundo romano varillas similares a modo de parrilla entre los dos espacios del horno, por lo que parece conveniente pensar que las barras de cerámica, características en el equipo de los hornos árabes, quizá representan un aspecto del método romano asimilado por los ceramistas medievales orientales (5). En esta esfera árabe del Este Mediterráneo han sido encontradas en lugares tan dispersos como Nishapur, Siraf y Takhi-Sulaiman, y son descritas en un tratado del siglo XIV sobre la manufactura de la cerámica vidriada en Persia (6).

Como hacen normalmente los alfareros actuales en la carga del horno, las piezas de mayor tamaño se colocarían en la parte inferior de la cámara, alternando sus posiciones para que encajasen mejor y a la vez aprovechar más el espacio. Sobre ellas, iría colocada la cacharrería de menor tamaño hasta completar la carga. Si las hiladas eran muy altas, el peso podía romper las piezas inferiores por lo que, también para evitar su vuelque, cada hilada se flanqueaba por barras con las que, a su vez, cada cierta altura se podía formar un modo de emparrillado horizontal que servía de soporte a nuevas hiladas superiores solas que otras hiladas de separación y sostenían podían colocarse.

Estas varillas cilíndricas, con un diámetro medio de tres centímetros y sesenta de longitud, estaban terminadas en punta en uno de sus extremos y aplanadas en el otro, que, a veces, presenta una coloración diferente a la del resto de la pieza, porque posiblemente se introducía en la base del horno y sufría de un modo distinto la intensidad del calor. De todas formas es difícil precisar su distribución exacta dentro de él (7).

En el Museo Arqueológico de Sevilla se conservan restos de algunas que presentan una pasta grosera, con desgrasante arenoso, calizo y vegetal, superficie alisada y a veces rugosa, como sin terminar, numerosas huellas dactilares del alfarero que las modeló y manchas de vedrio color melado verdoso (8). Proceden de la Avenida de la Constitución, Cuesta del Rosario, Calle San Gregorio, Puerta de Jerez, Jardines

(4) ROSELLO-BORDOY, G y CAMPS COLL, J., *Excavaciones arqueológicas en Palma de Mallorca. Sondeos practicados en la antigua Casa Desbrull*. Noticiario Arqueológico Hispánico, 2, Arqueología. Madrid, 1973, págs. 131 y ss. (En adelante, abreviado: ROSELLO, 1973.) LISTER, 1982.

Existen en las provincias de Almería, Granada y Mallorca.

(5) POPE, E. M., «Ceramics: Medieval». *A history of Technology*, vol. 2. Clarendon. Oxford, 1956, págs. 284-310 y fig. 282.

(6) ALLAN, J. V., «Abū'l-Qāsim's Treatise on Ceramics». *Iran*, 11, Oxford, 1973, págs. 111-120. En adelante: ALLAN, 1973.

CAIGER-SMITH, Alan, *Tin-glaze Pottery in Europe and the Islamic World. The Tradition of 1.000 Years in Maiolica, Faience and Delftware*. Londres, Faber y Faber, 1973, fig. 39.

GONZALEZ MARTIN, Manuel, *Cerámica del Levante Español. Siglos Medievales*. Barcelona, Ed. Labor, 1944, vol. 1, págs. 28-29.

LLORENS ARTIGAS, José y CORREDOR MATEOS, José, *Cerámica Popular Española*. Barcelona, Ed. Blume, 1970, págs. 148-151. En adelante: LLOR., 1970.

LISTER, 1982, pág. 81.

(7) ROSELLO, 1973, pág. 141.

(8) También se dan estas características en otras partes del mundo árabe, como Mallorca.

de Murillo y otros varios puntos de la ciudad, producto de hallazgos casuales, excavaciones aún no publicadas y recientes remociones efectuadas en ella con motivo de la construcción del suburbano (lámina I).

Las procedentes de la Cuesta del Rosario, Argote de Molina y Baños, aparecidas en nivel árabe (9), confirman que en estos puntos de la ciudad existieron alfares o testares antes del siglo XII en que la legislación ordenaba que se establecieran fuera de las puertas de la ciudad, en el foso protector del recinto (10), por falta de espacio en éste y porque quizá la industria alfarera, como la de las tenerías, eran consideradas molestas por humos y olores e impropias de ese emplazamiento, a un tiro de piedra de la Mezquita Mayor, núcleo de la vida religiosa, política y comercial de la ciudad, capital de Al-Andalus durante prolongados periodos de tiempo (11). Ya a fines del siglo XIII, siguiendo la tradición árabe, se encontraba situada la Alcaicería de la Loza de la Cuesta del Rosario (12).

Las halladas en la Avenida de la Constitución y la Calle San Gregorio, zona en la que se encontraban los testares y alfarerías sevillanas durante el Califato, serían posiblemente deshechos de alfar (13). Su aparición en estos dos puntos de la ciudad, entre abundante material cerámico de los siglos X al XII, tampoco ayuda a la idea de la perduración del instrumental y técnica del horno árabe en el mudéjar, pero confirma la existencia de alfarerías en ellos.

Al otro lado del Guadalquivir, en Triana, donde se han destruido hace pocos años hornos mudéjares al realizarse la cimentación de edificios, también aparecen las barras. Las alfarerías sevillanas se trasladaron al parecer al arrabal de Triana en el siglo XII, al ampliarse el perímetro de la muralla que, al avanzar hacia el Oeste y el Sur, sobrepasó ya la zona de alfarerías y testares anteriores que quedarían dentro de ella, por lo que hubo que desalojarlos. Allí se han perpetuado hasta la actualidad, siendo Triana el barrio alfarero tradicional de la ciudad.

(9) La única información que existe sobre la excavación llevada a cabo en la Cuesta del Rosario, cuyos materiales se revisan en la actualidad como tema de tesis de Licenciatura de D. Manuel Vera Reina, es la de Collantes:

COLLANTES DE TERAN, Francisco, *Contribución al estudio de la Topografía Sevillana en la Antigüedad y en la Edad Media*. Sevilla, 1977. Información ofrecida por Juan Manuel Campos Carrasco que ha dirigido las excavaciones de las Calles Argote de Molina y Baños. BLANCO FREIJEIRO, Antonio, «La ciudad Antigua (De la Prehistoria a los Visigodos)». *Historia de Sevilla*. Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1979.

(10) Hacia el 1100, según Ibn Abdūn, porque en su interior faltaban espacios anchos. GARCIA GOMEZ, Emilio y LEVI PROVENÇAL, E., *Sevilla a comienzos del siglo XII. El tratado de Ibn Abdūn*. Biblioteca de temas sevillanos, Sevilla, 1981, pág. 113.

TORRES BALBAS, Leopoldo, «Plazas, zocos y tiendas de las ciudades hispano-musulmanas». *Crónica Arqueológica de la España Musulmana*, XXI. Al-Andalus, XII, 1947, pág. 438.

(11) Hoy día en ciudades árabes actuales como Bagdad, se encuentran en pleno centro urbano.

(12) LADERO, Miguel A., *Historia de Sevilla. La ciudad medieval*. Sevilla, 1976. En adelante, abreviado: LADERO, 1976.

(13) CARRIAZO, Juan de M., «Una zanja en el suelo de Sevilla». *Cuadernos de la Alhambra*, 10-11. Granada, 1974-75.

Existió un barrio de los Alfareros, un Cementerio de los Alfareros y la Puerta del Alcohol en la zona.

ANTUÑA, Melchor, *Sevilla y sus monumentos árabes*. El Escorial, 1930, págs. 86, 90 y 116. La Crónica de Ibn Sahib al-Salá, en la que Antuña se basa, de tiempos almohades, cita la Puerta del Alcohol, nombre árabe del sulfuro de plomo, base del vedrio.

AL-UDRI, Tarsi al-ajbar, Madrid, 1965, pág. 99.

TORRES BALBAS, Leopoldo, «Estructura de las ciudades hispanomusulmanas: la medina, los arrabales y los barrios». *Al-Andalus*, XVIII, 1953, pág. 153.

IBN BASLA: *Sila*. Edición Codera, 1883, págs. 66 y 427.

La aparición de barras como indicación de restos de alfar, viene también confirmada por su uso hoy día con paralelos en Nijar (Almería), Santa Cruz de Mudela (Ciudad Real), Mallorca, etc. (14) (lámina III).

En Sevilla y algunos pueblos de la provincia, como Herrera, la distribución de la carga del horno viene determinada por un sistema de compartimentación a base de barras de arcilla del tipo mudéjar o evolucionado de éste que, según su forma, reciben los nombres de «pilaretes», «carretes», etc. Con ellas se asegura una mejor distribución de los pesos y se ofrecen puntos de apoyo a las piezas de gran tamaño. Ultimamente han sido sustituidas a veces por ladrillos que constituyen muretes sobre los que otros, extendidos horizontalmente a modo de suelo, se disponen para colocar piezas (15).

El otro elemento que presentamos es uno de los más frecuentes hallazgos arqueológicos medievales y de la Edad Moderna en el suelo de Sevilla: el atifle. Del árabe *aṣṣifī*, plural de *uṣṣifa*, con el significado de «trípode», es una pieza de barro cocido refractario que consiste esencialmente en tres brazos cilíndricos que unen uno de sus extremos en el centro imaginario de un círculo al que dividirían en tres sectores iguales, y en el otro extremo, presentan un apéndice, pequeño codo, espolón, engrosamiento u otro elemento similar cualquiera (lámina II, n.º 1 y 2).

La carga para la cocción del barniz exige gran cuidado. Las piezas deben estar separadas unas de otras al menos un cuarto de pulgada, sin que exista entre ellas contacto físico para evitar que se junten y que los barnices se manchen y alteren entre sí, ya que éstos durante la cocción burbujan violentamente.

El atifle, apoyado por sus extremos en el fondo de la pieza sobre la que cabalga, debe soportar el pie de la que le cubre, por lo que su tamaño estará en relación con las dimensiones de ambas.

Los tres puntos de apoyo son localizables en los vasos por sus huellas: un torcido, ausencia o sobredosis de barniz con un pequeño abultamiento o rehundimiento. La aparición de estas señales en una pieza denota tecnología medieval. Para Roselló (16), los atifles, como las barras, se colocarían en el horno estando el barro «verde», de modo que su efecto de roce sobre la cobertura vítrea de las piezas fuera mínimo durante la cochura. Si la pieza tiene más fuerza que el atifle, arrancará la superficie de éste, que está verde. Si al contrario, será el trípode el que resultará con manchas de vedrío.

No se conocen textos de la época sobre los alfares sevillanos. Hay que esperar al siglo XX para que Gestoso describa los de Triana contemporánea, pero no cita los atifles. Sólo habla de que se «cuecen en suelto la lebrillería ordinaria basta y en cajas o fundas cuando es fina» (17).

Todos estos utensilios, tanto el atifle y los carretes como las barras, parecen surgir con el vedrío, introducido alrededor del siglo X, como producto dependiente entonces más de una clientela adinerada y sofisticada que de la campesina, y cuya ma-

(14) SESEÑA, Natacha, *La cerámica popular en Castilla la Nueva*. Madrid, Editora Nacional, 1975, pág. 236 (en adelante, SESEÑA, 1975).

ROSELLO-BORDOY, G., *Ensayo de sistematización de la cerámica árabe en Mallorca*. Palma de Mallorca, Diputación Provincial, 1978. En adelante: ROSELLO, 1978.

(15) ORTIZ GARCIA, C. y otros, *Alfarería popular en Andalucía Occidental. II: Sevilla y Cádiz*. Etnografía Española II. Ministerio de Cultura. Madrid, 1981, págs. 61 y 79. En adelante: ORTIZ, 1981.

(16) ROSELLO, 1978, pág. 130.

(17) GESTOSO PEREZ, José, *Historia de los barro vidriados sevillanos*. Sevilla, 1903, pág. 60.

nufactura en Sevilla, con el mismo procedimiento que se seguía en los demás reinos árabes, fue descrita por Abū'l-Qāsim en 1301 (18).

Son varios los tipos de atifles que se conocen y a los que de momento es difícil asignar épocas concretas de aparición y caída en desuso, por la falta de estudios sobre estas piezas y de información sobre los que se conservan en el Museo Arqueológico de Sevilla que no permite una división cronológica de ellos. Si parece acertado pensar que los de mayor diámetro servirían para separar piezas de mayor tamaño, que los de apéndice de mayor altura y doble apéndice asegurarían mejor la no «promiscuidad» de sulfuros y, sobre todo, que sólo se utilizarían para separar piezas de formas abiertas, como labrillos, cuencos, platos, escudillas, etc. Por ello, para su seriación sólo podemos hacer uso de éstas y otras características, señalando dos prototipos:

El tipo primero está compuesto por tres brazos de sección circular que presentan en sus extremos pequeñas patas superiores e inferiores perpendiculares a ellos y aguzadas para que sus improntas en el fondo y base de las piezas, sea mínimo. La longitud de los brazos: seis centímetros. La altura de las patas: uno con cinco centímetros.

El tipo segundo remata sus extremos en una sola púa o prolongación de los brazos en ángulo recto, realizada por doblez de cada extremo cuando el barro está todavía blando. Longitud del brazo: cinco centímetros. Altura de la púa: un centímetro.

La sección de los brazos es aproximadamente de un centímetro en los dos tipos.

Todos los ejemplares, de factura más o menos tosca, suelen presentar la pasta fina color ocre rosado, amarillento o grisáceo, con desgrasante calizo y arenoso y superficie defectuosa, rugosa con señales de vedrio de las piezas y las huellas dactilares del alfarero.

Los atifles conservados en el Museo Arqueológico de Sevilla proceden de varios puntos de la ciudad, como las barras, a las que acompañan casi siempre en los hallazgos por lo que se puede aplicar a ellos todos los razonamientos que para éstas hacíamos líneas arriba.

De la continuidad del trabajo y elementos árabes en el período mudéjar, nos habla sobre todo el uso que del atifle se ha hecho hasta hoy en alfarerías españolas, siendo uno de los útiles de la tecnología árabe que menos modificaciones ha experimentado habiendo conservado su forma y su función: evitar que platos, escudillas, lebrillos o cuencos se peguen unos a otros durante la cocción y que el burbujeo del sulfuro no los salpique, presentando sólo diferencias comarcales de denominación y forma.

En Herrera (Sevilla), donde se llaman «estrebillas» y «trebillas», son de gran tamaño, porque separan alineaciones de lebrillos. En Castilla se llaman «trebedillas» o «atifles», en Santa Cruz de Mudela (Ciudad Real); «alarifes» y «tifles» en Puente del Arzobispo (Toledo); «patas» en Cuerva (Toledo); «trébedes» en Madrriedjos (Toledo) y «ferreguillos» o «ferreguets» en Mallorca, donde parecen haber reducido su tamaño en comparación con los árabes (19).

(18) ALLAN, 1973.

WULFF, Hans E., *The Traditional Crafts of Persia*. Massachusetts Institute of Technology, Cambridge, 1966, págs. 160-161 (en adelante: WOLFF, 1966).

LISTER, 1982, pág. 83.

(19) Los aparecidos en la Casa Desbrull de Mallorca, cuyos brazos «terminan en una especie de escoplo perpendicular a ellos», son de un testar de la época de los taifas.

ROSELLO, 1978, pág. 126.

ORTIZ, 1981, págs. 56 y 61.

LA RENOVACION ITALIANA

El hecho de que en 1248, al conquistarse Sevilla, se asignase a comerciantes genoveses un barrio en la Collación de Santa María, prueba cómo existían contactos comerciales entre ciertas ciudades-estado italianas y la nuestra (20) ya en el siglo XIII. Las pocas simpatías de los castellanos hacia el mercantilismo, colaboró a que el número de genoveses en el siglo XIV y XV creciera y ocuparan una situación ventajosa como comerciantes a Indias en cerámica, donde adquirieron un gran poder comercial (21).

Paralelamente, una gran influencia italiana fue llegando a Sevilla desde antes de la conquista de América, y el Renacimiento reemplazó poco a poco el antiguo arte hispanomusulmán. Este cambio de orientación estética, palpable en la mayoría de las artes, también se dejará sentir en las artes menores como la cerámica (22).

En la segunda mitad del siglo XVI, con la llegada de gran número de artesanos italianos la influencia crece apreciándose en la producción alfarera sevillana nuevas técnicas de fabricación, nuevas formas, colores, motivos y modas de estilo (23). Junto al viejo horno árabe de cámara circular, se elevará el italiano, rectangular, compuesto por una cámara inferior de combustión, separada por un enrejado de otra superior cocción, probablemente cubierta por un techo abovedado, aunque sin chimenea todavía. Parece que se introduce también el uso de hornos separados para bizcochado y vidriado.

Una manifiesta inquietud lleva a refinar la cerámica, dotándola de paredes más delgadas, pie anular y una articulación más rigurosa de sus partes. Se intenta reducir defectos típicos de la cerámica vidriada sevillana de baja calidad (como fisuras, craqueladuras, pinchazos y agujeros), probando nuevos procedimientos de vidriado.

La mayor novedad introducida en cuanto al instrumental de horno, típico de los talleres italianos de cerámica vidriada son las «tagli», cajas refractarias de cocción, cuyas paredes presentan perforaciones triangulares a través de las cuales se insertan prismas de barro cocido que, proyectados en el interior de ellas, sirven para soportar los bordes de los vasos ya barnizados que quedan colgados sin tocar la caja y aislados unos de otros. A la vez, el vidrio es protegido de humos contaminantes del horno. Este invento aventaja a la técnica árabe al eliminar la necesidad de los atifles y suprimir las tres marcas que éstos producen en la superficie de los vasos. Los pris-

(20) BALLESTEROS, Antonio, *Sevilla en el siglo XIII*. Madrid, 1913, pág. 44.

LISTER, Florence C. y LISTER, Robert H., *Italian Presence in Tin Glazed Ceramics in Spanish America*. Historical Archaeology, 10. Ottawa, 1976, págs. 26-41 (en adelante: LISTER, 1976).

(21) Ya en 1534 había treinta y cuatro «vecinos» en el «Barrio de Genoa» en Sevilla.

(22) Portadas de casas palacio, con talleres familiares genoveses enteros en la ciudad, que importaban obras ya realizadas en Italia y las montaban aquí adaptadas a las necesidades de la casa, que en su estructura seguía siendo musulmana.

También fueron importadas o realizadas en Sevilla sepulcros por la familia Gazzini.

OLIVA ALONSO, Diego, «De Arquitectura doméstica sevillana en el siglo XVI». *Homenaje al Prof. Dr. Hernández Díaz*. Tomo I. Universidad de Sevilla, 1982.

(23) LISTER, Florence C. y LISTER, Robert H., *Ligurian Maiolica in Spanish America*. Convegno Internazionale della ceramica. Atti, 9, Albisola, 1976, págs. 311-320. (En adelante: LISTER, 1976-b).

mas causan sólo inapreciables manchas radiales en el exterior bajo el borde, dejando el interior impoluto (24).

El dato de la aparición de las cajas, como término ante quem, no es suficiente para poder fijar la cronología de la cerámica mudéjar sevillana, puesto que los atifles se continuaron usando en la Península y como vamos a ver ahora, también en América.

EL TRASVASE A AMERICA

El paso de las técnicas artísticas y artesanales del Viejo al Nuevo Mundo, fue una constante que recientes trabajos de investigación van dejando claro también en cuanto a la fabricación de la cerámica.

Sevilla fue puerto de salida hacia América no sólo de las grandes artes como Arquitectura, escultura o pintura, sino también de las artes menores de la madera, metal, cuero y cerámica mudéjares.

Parece ser que los ocupantes prehispánicos del Valle de México no conocían el torno ni el horno para cocer cerámica, elementos básicos de la tecnología árabe y mudéjar que fueron introducidos sin duda desde el primer momento de la colonización española.

El conocimiento de los posibles hornos durante la conquista sugiere que los primeros puestos en servicio en Nueva España, con gran aceptación por los indios quizás por su falta de una técnica alfarera avanzada, fueron los típicos hornos árabes, en uso entonces en Andalucía, aunque al parecer no fueron utilizadas las barras ya que no se han hallado entre los materiales arqueológicos en México (25).

En la segunda mitad del siglo XVI, cuando la influencia genovesa a su cénit en España, una cerámica típica de la costa ligure aparece en el suelo de Sevilla y en las colonias españolas del Caribe y México Central por lo que todas las novedades introducidas en Sevilla con la llegada de los genoveses se ve que tienen su réplica allá (26).

(24) LISTER, 1976, pág. 76.

PICCOLPASSO, Cipriano Cavaliere, *The Three Books of the Potter's Art*. Introducción y traducción de Bernard Rackham y Albert van de Put. Londres, Victoria and Albert Museum, 1934, pág. 52.

LISTER, 1982, pág. 93.

A mediados del siglo XVI Piccolpasso describía los métodos de la cerámica vidriada de Castel Durante, en Italia Central, e ilustra los «tagli».

LISTER, Florence C. y LISTER, Robert H., *Maiolica in Colonial Spanish America*. *Historical Archaeology*, 8. Columbia, 1974, págs. 17-52. (En adelante: LISTER, 1974).

LISTER, 1974, pág. 43.

(25) LISTER, 1982, pág. 81.

FOSTER, George M., *Culture and Conquest: America's Spanish Heritage*. Viking Fund Publications in Anthropology, 27, New York, 1960, pág. 91.

LISTER, Florence C. y LISTER, Robert H., *An Overview of Moroccan Maiolica*. *Papers of the Archaeological Society of New Mexico*, 2. Santa Fe, 1970, págs. 272-295.

LLORENS, 1970, págs. 148-151.

WULFF, 1966, pág. 155.

(26) El hallazgo de cajas y prismas en unos hornos descubiertos en el poblado de «Panamá Viejo», de 1519, en la Costa Pacífica del Istmo, sugiere la presencia de artesanos sevillano-genoveses trabajando allí en esas fechas.

LISTER, 1974, pág. 43.

LISTER, 1976-b.

LISTER, 1976.

Informe de Don Juan Manuel Campos Carrasco.

Con el nacimiento de la cerámica «Ciudad de México» se advierte la sustitución del estilo y de algunos aspectos de la tecnología árabe por las nuevas ideas: los hornos se realizan a la manera italiana y su equipo de accesorios no incluye ya las «varillas» de soporte sino las «tagli». Pero sólo los cinco tipos que componen el grado fino de esta cerámica mexicana fueron cocidos de esta manera. Los procedimientos de horno volvieron atrás hacia el primitivo utillaje con el abandono de cajas y clavos, ya que las triadas de señales de los atifles vuelven a la mayoría de las superficies de los vasos de la cerámica común. Quizá esta vuelta atrás se podría ver como resultado de un aumento de la mano de obra mudéjar, llegada en el siglo XVII en que se expulsa a los moriscos de España, que aparecen en América a pesar de la legislación en contra, lo que conlleva también cierto auge de temas mudéjares en otras expresiones artísticas (27) (lámina IV).

CONCLUSION

Ante todo lo dicho hay que pensar que, aunque desde el siglo XIII llegaran a la antigua Al-Andalus provenientes de Italia, influencias de toda especie, y se introdujera un nuevo tipo de horno, con la novedad que esto conllevaría, no sólo de construcción sino también de instrumental de fabricación, los elementos de la antigua técnica siguen apareciendo junto a las nuevas aportaciones tres siglos más tarde tanto en Sevilla como en América.

Quizá el atifle quedó relegado a la fabricación de piezas de menor categoría, aunque parece ser que parte de la vajilla sevillana en siglos posteriores —y no sólo la cerámica común— aparece con sus delatoras huellas.

¿Razones de la producción utilizando los dos sistemas? Tal vez la mayor baratura del árabe tradicional, más asequible a todos, o el celoso secreto con que los italianos pudieron guardar su técnica, o la fuerza de la costumbre: hay que pensar que si en todas las artes el mudejarismo dejó su huella durante tanto tiempo, también lo haría el oficio de los sistemas de trabajo.

Este problema, como todos los del mudejarismo sevillano, se puede abordar usando las fuentes escritas o las arqueológicas. Dentro de éstas la cerámica, con la perduración de sus formas comunes, esas imprescindibles para la vida diaria por su utilidad; su nomenclatura y sus sistemas de fabricación, nos hace pensar que nada cambió y que la mano de obra siguió siendo la misma. Su supervivencia hasta nuestros días indica que la alfarería siguió en las manos de los artesanos musulmanes, más o menos cristianizados, pero conservando las técnicas tradicionales. La interpretación de los datos de unos y otras fuentes, parecen hacerlos por ahora contradictorios (28). A pesar de que tradicionalmente se ha dicho que sus habitantes fueron expulsados de la ciudad al ser conquistada Sevilla por Fernando III (29), parece que los oficios siguieron en manos de quienes los venían practicando, o al menos las técnicas antes y después de 1240 son exactamente las mismas. De todas formas puede defenderse que el «aire moro» de la ciudad, de sus costumbre y artes, proceden más de la coexistencia cotidiana y amigable con el reino de Granada en tiempos de Alfonso XI y Pedro I, de la arabización del gusto de las clases altas castellanas

(27) En México se llama actualmente a los atifles «caballitos».

LISTER, 1982, págs. 89-93.

TOUSSAINT, Manuel, «Arte Mudéjar en América». 7 Congreso Internacional de Americanistas, Actas, 2. México, 1939, págs. 603-608.

(28) GONZALEZ, 1951.

(29) GONZALEZ, Julio, *El Repartimiento de Sevilla*. Madrid, 1951. (En adelante: GONZALEZ, 1951.)

en esta época, de la cual quedan numerosos ejemplos aún no bien considerados en esta línea de estudio, y de la presencia de moriscos granadinos ya a fines del siglo XVI, que de los propios mudéjares sevillanos (30). Estos eran pocos en la ciudad acristianada, ya que la evacuación de 1248 y la emigración masiva a raíz de la revuelta de 1264, no se vieron compensadas totalmente por la llegada posterior de mudéjares procedentes de zonas rurales de Toledo y Granada, y los repobladores castellanos eran campesinos y apenas se mencionan en el Repartimiento gentes llegadas como artesanos (31).

Hace unos años se destruían en Sevilla hornos mudéjares. Hace unos días un horno árabe fue expoliado, en parte destruido y luego sepultado bajo el asfalto de una calle de Ecija (Sevilla). El día que prestemos atención, la misma atención a la Edad Media o Moderna que a la Prehistoria o la Edad Antigua, se aclararán algunos de los problemas aquí planteados (32).

Quizá también puedan contribuir a ello los estudios de revisión de fondos que se realizan en el Museo Arqueológico de Sevilla, de los que estas líneas son un pequeño avance.

(30) LADERO, 1976, pág. 128.

GUERRERO LOVILLO, José, *La última Sevilla musulmana*. Real Academia Sevillana de Buenas Letras, Sevilla, 1984.

MANZANO MARTOS, Rafael, *Poetas y vida literaria en los Reales Alcázares de Sevilla*. Real Academia Sevillana de Buenas Letras, Sevilla, 1984.

(31) LADERO, 1976, págs. 76 y 126.

(32) Hornos de cerámica islámica se han perdido también en Málaga y en peligro los de Almería.

ZOZAYA, Juan, *Problemática de la Arqueología medieval posterior al siglo VIII en España*. Crónica del XI Congreso Nacional de Arqueología, pág. 846.

Es tónica constante el olvido sistemático de materiales medievales y de la Edad Moderna en las memorias de excavaciones.

- - Sevilla hasta el siglo XII
- Muralla almorávide
- Restos de alfar anteriores al s.XIII
- Alfares mudéjares
- 1 Puerta del Alcohol
- 2 Cementerio de los alfareros
- 3 Barrio de los alfareros

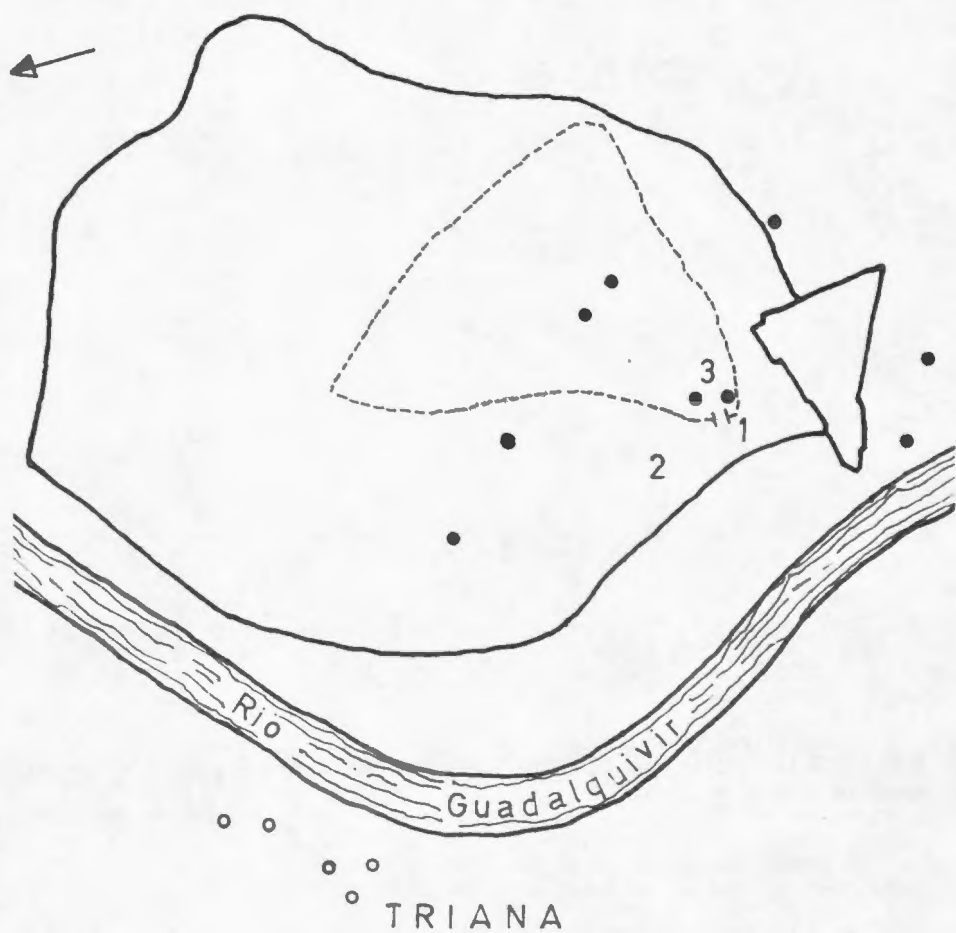


Lámina I. — Localización de alfares y testares en la Sevilla árabe y mudéjar.

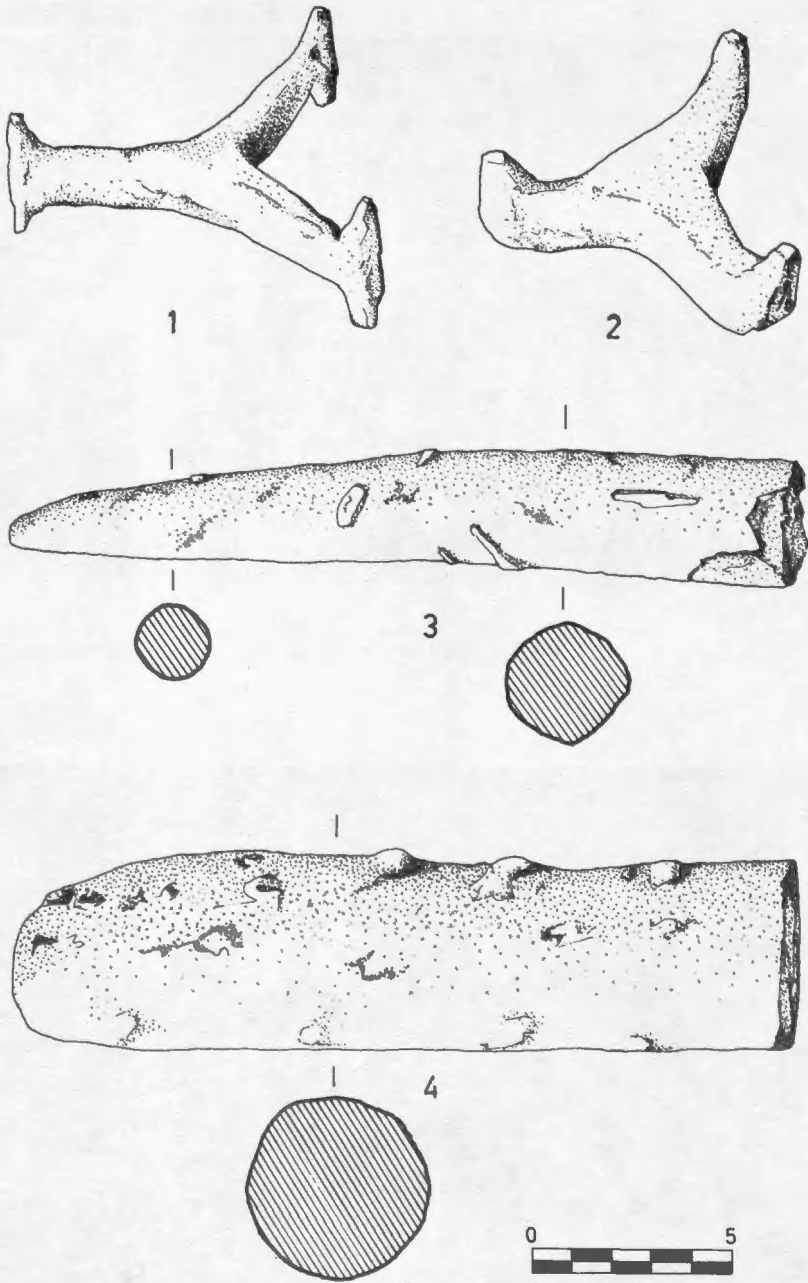


Lámina II. — Barras de cerámica en alfarería actual (De Lister y Lister).



Lámina III. — Atifles del siglo XVI de Ciudad de México (De Lister y Lister).



Lámina IV. — Tipos de Atifles y barras del Museo Arqueológico de Sevilla